

La integración europea en la prensa española (1945-1977)

The European integration in the Spanish press (1945-1977)

José Carlos TENORIO MACIÁ

Universidad de Alicante (España)

josecarlos.tenorio@ua.es

Recepción: Noviembre 2019

Aceptación: Marzo 2020

RESUMEN

El presente trabajo trata de analizar, de forma descriptiva, cómo contó la prensa española (ABC, Arriba, La Vanguardia Española, Pueblo y Ya) los avances del proyecto de integración europea desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la solicitud de adhesión de España (1945-1977). En total, se estudia la cobertura de veintiún hitos. Como principal resultado, se observa que no es hasta la firma del Tratado de Roma en el 57 cuando todos dedican a la cuestión comunitaria una atención privilegiada. Ahora bien, hay que esperar a la solicitud española de asociación a las Comunidades, cinco años más tarde, para que el apoyo a la construcción europea sea incontestable en todas las cabeceras. Por otro lado, se advierte que hasta 1970 no aparece ninguna referencia a la exclusión de nuestro país de la familia comunitaria por el carácter dictatorial del Régimen franquista.

Palabras clave: Prensa española; franquismo; integración europea; España; CEE.

Clasificación JEL: D83.

*El presente trabajo forma parte de un proyecto de investigación financiado por la Generalitat Valenciana y el Fondo Social Europeo.

ABSTRACT

The present paper aim is to analyse in a descriptive way how the Spanish press (*ABC*, *Arriba*, *La Vanguardia Española*, *Pueblo* and *Ya*) covered the progress of the European integration project from the end of the Second War World to the membership application of Spain (1945-1977). Thus, it addresses the coverage of out of twenty-one key events. In this research is observed that is not until the signing of the Treaty of Rome in 1957 that all the newspapers give substantial attention to the Community question. That said, we have to wait until the Spanish request of association, five years later, to see full support to the European institutions in all the publications. On another note, it is found that up to 1970 there is no reference to the exclusion of our country from the Community family due to the dictatorial nature of the Francoist Regime.

Keywords: Spanish press; Francoism; European integration; Spain; EEC.

JEL Classification: D83.



1. INTRODUCCIÓN

Resulta pertinente contribuir al estudio del encaje de España en el proyecto de integración europea cuando, en 2020, se celebra el cincuenta aniversario del Acuerdo Comercial Preferencial de 1970. Si bien acotado al ámbito económico, en buena medida por las reservas políticas de los socios comunitarios hacia el régimen franquista, su firma fue el primer vínculo que estrechó nuestro país con la Comunidad Económica Europea (CEE) y, a la larga, supondría el anclaje de España al destino de las instituciones europeas, en las que participaría como Estado miembro desde el 1 de enero de 1986.

Pero no solo esta efeméride aconseja tratar dicha cuestión. La propia disciplina historiográfica lo reclama. Esto es así porque, si bien el franquismo (1939-1975) — incluyendo la política exterior y la prensa del periodo — ha sido objeto de estudio recurrente, son escasas las aportaciones realizadas desde el campo del periodismo internacional; sobre todo en los treinta años que van desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la muerte del general ferrolano¹ (1945-1975), ya que tanto la conflagración mundial como la transición a la democracia han merecido mayor atención. Este artículo, centrado en el modo en que los periódicos españoles narraron durante más de tres décadas el proceso de aproximación de nuestro país a la CEE, aspira a ser una tímida contribución a mitigar dicha tendencia de la historiografía española contemporánea.

97

Con ese fin, nos adentramos en las páginas de *ABC*, *Arriba*, *La Vanguardia Española*, *Pueblo* y *Ya* para analizar de manera descriptiva cómo estas cinco cabeceras cubrieron un total de veintiún eventos clave en las relaciones entre España y sus vecinos allende los Pirineos. Dichos acontecimientos aparecen delimitados en tres etapas: de la rendición de Alemania a la creación del Consejo de Europa (1945-1949); de la Declaración Schuman al Informe Birkelbach (1950-1962); y de la Carta Castiella a la solicitud de adhesión (1962-1977). Nos interesa estudiar, de forma individual y comparativa, la línea editorial seguida por cada uno de los diarios señalados y el modo en que trataron las veintiuna fechas seleccionadas.

2. NOTAS HISTÓRICAS

Señalaba Héctor Borrat que “en España, los periódicos suelen, al igual que la mayoría de los políticos profesionales, dar por supuesto que el ‘europeo’ es invariablemente lo positivo, valioso, deseable para España o para ‘el Estado español’” (Borrat, 1997: 41). Esta inclinación, sin embargo, no se encontraba en la prensa española de 1945; una prensa que, regulada por una ley de tiempos de guerra —la establecida por el bando franquista en 1938—, estaba al servicio absoluto del Régimen. Si este denigraba las democracias occidentales y las ideas socialistas, las mismas que había logrado extirpar de su país tras

una lucha fratricida de tres años (1936-1939), tanto así lo reflejaban las publicaciones periódicas de entonces, que mostraban una manifiesta uniformidad editorial. Era, en definitiva, una prensa orientada o, si se prefiere, amordazada: “sumisión, obediencia ciega, eso es lo que se pide de los medios informativos en aquel momento y eso es lo que se obtiene. El resultado no es información, sino propaganda y desinformación” (Sahagún, 1986: 228).

Habría que esperar hasta la famosa Ley Fraga de 1966 para empezar a vislumbrar, de forma tímida y progresiva, una suerte de cuarto poder en las páginas de las cabeceras españolas. Estas se erigirían como la avanzadilla del debate político hasta 1977, cuando los españoles pudieron expresarse libremente en las urnas por primera vez desde los tiempos de la Segunda República. Sin duda, “su mayor acercamiento, en comparación con la vida política oficial, a las realidades de la época, le hizo convertirse en un medio de presión favorable al impulso de una cada vez más necesaria apertura política en las instituciones y en la vida española” (Sánchez y Barrera, 1992: 466-467).

98

Decíamos, pues, que al término de la Segunda Guerra Mundial la España de Franco se mostraba reacia a los aires que se respiraban al otro lado de los Pirineos. Una actitud que parecía surgir como reacción o réplica, y no tanto como fruto de una apuesta voluntaria o genuina. Y es que los aliados, que habían derrotado a las potencias del Eje —cercanas al régimen franquista— consideraban a este último un anacronismo digno de exclusión en el naciente orden internacional. Dicho aislamiento fue ratificado en el verano de 1945: en un comunicado conjunto, los Estados Unidos, la Unión Soviética (URSS) y el Reino Unido, congregados en Potsdam, acordaban no apoyar la solicitud de España a integrarse en la Organización de las Naciones Unidas (ONU), creada tras la conflagración bélica para mantener la paz y seguridad internacionales. El 6 de febrero del 46, su Asamblea General aprobaba la exclusión de España, recomendando meses después la retirada de embajadores de Madrid. La comunidad internacional condenaba que el Caudillo se hubiese instalado en el poder a instancias del fascismo, ahora derrotado.

El cordón sanitario sobre España quedaba así establecido. De nada había servido el cambio de estrategia del gobierno de Franco en plena guerra, una vez evidenciado el avance de las tropas aliadas en perjuicio de los países del Eje, liderados por la Alemania nazi. Esta era su nueva versión: “en primer lugar, España había sido —dirían los voceros del régimen— absolutamente neutral durante toda la guerra; Alemania, en segundo lugar, nunca había sido más amiga de España que pudieran haberlo sido Francia o Inglaterra, y, por último, el único peligro que se cernía sobre el futuro era el comunismo soviético” (Sahagún, Op. cit.: 227).

Precisamente, el anticomunismo, junto al antiliberalismo y al nacionalismo exacerbado, serían una constante en el discurso periodístico español de posguerra, reflejo del sentir de un gobierno que, con un modelo económico autárquico, se replegaba sobre sí mismo ante



la hostilidad del mundo exterior. Solo la Guerra Fría cambiará radicalmente esta situación: a medida que el comunismo se convierte en una amenaza para el Occidente liderado desde Washington, la España de Franco, debido a sus ideas y al espacio geográfico que ocupa, se revaloriza. Así, como pondría de manifiesto Javier Tusell, “si la deterioración exterior del régimen franquista se había producido a través de una serie de expulsiones de los organismos internacionales, su rehabilitación siguió exactamente el mismo proceso, pero a la inversa” (Tusell, 1975: 423).

España volvía a contar en el tablero internacional. Así lo probaba, sobre todo, el Concordato con la Santa Sede y los Pactos de Madrid alcanzados con EE.UU. en 1953, además del ingreso en la ONU dos años más tarde. Pero si bien el cambio de paradigma del antifascismo al anticomunismo había permitido la rehabilitación parcial del régimen franquista, este nunca sería considerado como un igual por las democracias occidentales (Maza, 2002: 79). De hecho, la oposición más tenaz al mismo vendría de sus vecinos europeos, dando muestra de ello la constante negativa del Consejo de Europa —uno de los motores de la integración europea— a aceptar a España en su seno por carecer de las garantías democráticas necesarias.

En 1957 se producía un punto de inflexión. La “Europa de los Seis”, formada por Alemania Occidental, Francia, Italia y los países del Benelux —inmersos en un experimento inédito de soberanía compartida desde la creación, en 1951, de la Comunidad Económica del Carbón y del Acero (CECA)— da un paso adelante más ambicioso y firma en Roma la constitución de la CEE o Mercado Común. La proyección de una unión aduanera entre sus integrantes amenazaba seriamente los intereses económicos españoles —sus exportaciones agrícolas, fundamentalmente— y, con ellos, la propia supervivencia del Régimen. De ahí que el gobierno español reconociese la necesidad de actuar en un contexto que ya no era el de posguerra: la economía española era ahora más fuerte, pero necesitaba abrirse al mercado internacional, tarea que obligó a una reforma ministerial.

Para Bassols, “la larga historia del viraje hacia Europa empezó un día que el general Franco nombró un gobierno de tecnócratas, integrado por hombres de espíritu abierto, en gran parte europeístas y que, en su fuero interno y en sus acciones, se manifestaron dispuestos a terminar, en la medida de lo posible, con el humillante aislamiento español” (Bassols, 1995: 27).

No es casual, por tanto, que en 1958 España entrase a formar parte del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial y de la Organización Europea para la Cooperación Económica (OECE) —la misma que había gestionado el Plan Marshall, del que nuestro país había sido vetado—; ni que un año después, en el 59, se anunciase el Plan de Estabilización y Liberalización de la economía española.

Pero, de la misma forma que el Caudillo reconocía la urgencia de remodelar la economía nacional, se mostraba férreo ante el posible cuestionamiento de su figura. Una postura que, de alguna manera, encajaba con la actitud de Reino Unido, reticente a ceder soberanía a la joven Comunidad, pero atenta a sus progresos en materia económica. En 1960, Londres trató de contrarrestar el avance del Mercado Común lanzando, junto a seis países de su entorno, la Asociación Europea de Libre Comercio. Esta iniciativa, si bien atrajo al gobierno español por circunscribirse al ámbito económico, pronto quedó deslegitimada por la solicitud formal del gobierno británico —en agosto de 1961— de integrarse en el proyecto europeo, confirmando así el éxito y la superioridad del Mercado Común. Madrid, de la mano del ministro Castiella, siguió la estela británica y, en febrero del 62, elevaba a Bruselas el deseo de España de asociarse a la CEE; una fórmula más flexible y realista que la de la integración.

Como recuerda la profesora Senante, “la falta de homologación política ya fuera excusa o causa del rechazo, constituyó una dificultad infranqueable para la política de acercamiento a la Comunidad Económica Europea. En cambio, la distancia económica fue acortándose de tal manera que el despegue español hacía apetecible establecer vínculos que regularan las relaciones entre ambas partes” (Senante, 2010: 152-153). Así, habría que esperar al 29 de junio de 1970 para la firma del Acuerdo Preferencial que, por vez primera, vinculaba al Régimen a las instituciones comunitarias. Dicho acuerdo, cuyo impacto sigue generando controversia entre los académicos², sería la antesala de la solicitud de integración formalizada en el verano de 1977, efectuada ya por un gobierno elegido a través de las urnas.

Si la España franquista había tratado de mantener un equilibrio entre la aproximación y la diferenciación en su relación con el proyecto europeo (Moreno, 1998: 51), la España democrática apostaría, sin vacilación alguna, por la primera opción: la del acercamiento. En 1986, nuestro país se estrenaba como Estado miembro de la actual Unión Europea.

3. NOTAS SOBRE LAS PUBLICACIONES CONSULTADAS

Tal y como mencionábamos al inicio del anterior apartado, desde el aislamiento al que se vio sometido nuestro país tras la victoria aliada en el 45 hasta su progresiva aproximación a los países de la Europa Occidental, las publicaciones diarias españolas modularon su discurso al tiempo que lo hacía la retórica del propio Régimen. Sin embargo, y sobre todo a raíz de la Ley Fraga del 66 —que eliminaba la censura previa³ y llevaba cierta liberalización al campo de la prensa—, existirán diferencias en su línea editorial y en su manera de cubrir los acontecimientos internacionales. Por otro lado, debe recordarse que durante este periodo —y, sobre todo, al principio del mismo— pocas publicaciones contaban con corresponsales propios en el extranjero; vacío que ocupaba la agencia EFE —y Pyresa, en menor medida—, encargada de filtrar y editar convenientemente la



información extranjera para todos los medios informativos españoles. Ese *cuasi* monopolio empezaría a resquebrajarse con la aparición de Europa Press en 1957.

Respecto al impacto de la prensa de la época, cabe ser prudentes: la tirada, si bien aumenta progresivamente a medida que se moderniza la economía y la sociedad españolas, será siempre pobre en comparación con la de otros países europeos —más todavía cuando aparece la televisión a finales de los cincuenta, pronto consolidada como medio de información y de entretenimiento popular— (Fuentes y Fernández, 1997: 303).

De los diarios consultados en este trabajo, *ABC*, perteneciente a los Luca de Tena, representaba la rama monárquico-liberal y aunque entre 1967 y 1970 llegó a vender más de 200.000 ejemplares diarios (Sánchez y Barrera, Op. cit.: 472), acabaría pagando su confusa trayectoria política en las postrimerías del franquismo. Todo lo contrario que *Ya*, de la Editorial Católica: la apuesta periodística más firme por la apertura política del Régimen⁴. Eso sí, hasta 1952, con la entrada de Aquilino Morcillo, no comenzaría su expansión⁵, una vez recuperada la identidad que el Régimen le había hurtado años antes colocando a un director afín al Movimiento. La misma suerte había corrido hasta 1960 *La Vanguardia Española*, de la familia Godó; el único de los grandes diarios españoles no estrictamente nacional, sino doblemente regionalista e internacionalista. De tendencia liberal-burguesa, se caracterizaba por su moderación política. Además, para Antonio Alférez, “su información internacional iba a ser durante largos años la mejor de toda la prensa española” (Alférez, 1986: 74).

101

Por otro lado, tanto *Arriba* —buque insignia de la Prensa del Movimiento— como *Pueblo* —altavoz de la Organización Sindical— representaban la ortodoxia del régimen franquista; sobre todo el primero, que tuvo su auge en momentos de plenitud falangista y, desde entonces, registraría cifras muy pobres⁶. Por su parte, *Pueblo* pasó de la irrelevancia a situarse entre los más leídos con la llegada de Emilio Romero en 1952⁷, que de forma casi continuada ocuparía el cargo de director hasta el 75. Rodeado de un equipo de reconocido prestigio, hizo de este vespertino un diario de carácter popular e introdujo en sus páginas cierta crítica editorial, sin llegar a cuestionar la esencia del Régimen.

En definitiva, nos disponemos a adentrarnos en las páginas de cinco diarios que, de una forma u otra, dominaron la oferta periodística española durante el franquismo: *Arriba* y *Pueblo*, ligados al Régimen; *ABC*, *La Vanguardia Española* y *Ya*, pertenecientes a grupos privados. No es casual que, reestablecida la democracia en España, los primeros dejaran de existir.

4. ANÁLISIS DESCRIPTIVO DE LA COBERTURA PERIODÍSTICA

4.1 De la rendición de Alemania a la creación del Consejo de Europa (1945-1949)

El 7 de mayo de 1945 Alemania firmaba la capitulación y, con ella, el fin de la Segunda Guerra Mundial en territorio europeo. De los diarios españoles analizados, todos sitúan este tema en portada. No obstante, su óptica es eminentemente nacional: concluía un conflicto en el que España, confundida con la figura de Francisco Franco, había permanecido neutral. La postura del Caudillo —coincidían todos— no era sinónimo de insensibilidad; el general no había sido ajeno a la contienda, pero había sabido resistir con habilidad la presión de quienes deseaban involucrar a España. “Victoria de Franco”⁸, decía Luis de Galinsoga en las páginas de *Arriba*, coincidiendo con el título del editorial de *La Vanguardia Española*⁹. Para *Pueblo*, el Caudillo era el hombre del día: en una Europa arrasada, el Escorial seguía en pie. Y es que, como recordaba Luis Araujo-Costa en *ABC*, la paz para los españoles había llegado años antes con la victoria del bando nacional¹⁰. Por tanto, existía unanimidad: el jefe del Estado había salvado al país en 1936, evitando la instauración del comunismo en España, y ahora lo hacía de nuevo al haber evitado la entrada de esta en la guerra. La mayor amenaza para la paz era la URSS y nuestro país, por haber derrotado al socialismo en su día, debía contar en el nuevo orden mundial que se estaba gestando.

102

En el diseño de ese mundo naciente, Winston Churchill, entonces jefe del Partido Conservador británico, visualizó la creación de los Estados Unidos de Europa. El 19 de septiembre de 1946 exponía su idea en Zurich, en un discurso que continúa resonando en nuestros días. Todos los periódicos españoles dieron fe de su intervención —*Arriba* y *Ya* destacándola en portada— y, en general, se aplaudía su contenido. La propuesta apenas generó debate en las páginas de *Arriba* y *Pueblo*, cuyas referencias al alegato del ex *premier* británico se agotaron ese mismo día. Por su parte, *Ya*, que consideraba necesaria la agrupación estrecha de los pueblos de Europa, fue el que junto a *LVE* dio mayor cobertura del evento. Ambas cabeceras no solo recurrieron a los contenidos de EFE sino que recogieron voces propias, compartiendo la de Augusto Asía, para quien el peligro bolchevique obligaba a Europa a unirse en la línea recomendada por Churchill.

La crítica más directa llegaría desde *ABC*, que valoraba dicho proyecto pero dudaba de su viabilidad: “¿Y qué generosos Estados Unidos europeos pueden surgir, cuando en una gran parte de Europa domina la mentalidad de 1807 y de 1939?”¹¹. Con esta pregunta retórica, *ABC* hacía alusión a los acuerdos alcanzados en su día por Napoleón y la Alemania nazi con Rusia para repartirse el suelo europeo. De estas reticencias también se hacía eco *LVE* en su “Nota del día”: la iniciativa supranacional “de momento, parece una hermosa utopía”¹².

Año y medio después, en marzo de 1948, se creaba la Unión Europea Occidental (UEO). Por medio del Tratado de Bruselas, Francia, Reino Unido y los países del Benelux instituían una organización que garantizaba la defensa mutua de sus miembros. Oficialmente, la nueva alianza no se dirigía contra nadie. Casi todas las cabeceras españolas llevaron este asunto en primera plana, con contenidos mayoritariamente de



agencia en su interior. No obstante, se priorizó el discurso pronunciado en el Capitolio por el presidente de EE.UU., Harry S. Truman, acentuando su consideración de que se había sido demasiado blando con la Unión Soviética; una reacción que la prensa española aplaudía y que aprovechaba para intensificar su campaña a favor de la incorporación de España al frente occidental contra la agresividad rusa.

Estos días, *ABC* era el más insistente desde el espacio editorial: encontraba más dudas y menos energía en la UEO que en Washington, donde creía que se había tomado consciencia de la necesidad de contener la “barbarie marxista”, que avanzaba libremente desde el fin de la guerra. De ahí que concluyese que: “ningún país posee como España tan dolorosa experiencia para poder afirmar que, ante el asedio de Moscú, no hay más réplica que la fuerza ni más armas dialécticas que la guerra abierta. No se convence al comunismo; se le vence”¹³. En una línea parecida, M. Blanco Tobio, comentarista habitual en *Pueblo*, esperaba que la recién creada UEO frenase los ímpetus de la URSS, pero confiaba el éxito de la contención al respaldo norteamericano: “si los Estados Unidos no recobran su poderío militar, la capacidad defensiva de Europa será puramente ilusoria”¹⁴.

Truman daba inicio a la Guerra Fría casi a la vez que firmaba el programa de ayuda para la reconstrucción de Europa — más conocido como Plan Marshall, del que España fue excluida—. La prensa española adoptó un perfil bajo el día de su aprobación, aunque cuando se refiere al asunto recuerda los apoyos de quienes abogaban por incluirla en esta iniciativa. Sin embargo, todo el protagonismo se lo lleva el llamado Protocolo Franco-Perón, un convenio entre el Régimen y Argentina por el cual esta última, básicamente, se comprometía a abastecer al primero de materias primas.

Además, tanto *Arriba* como *Ya*, que dejaban en un segundo plano la noticia de la rúbrica del Plan Marshall, cargaban contra el contubernio masónico-comunista que, en lo que consideraban una ofensiva antiespañola, dominaba por aquel entonces las instancias internacionales —entre ellas, la ONU—. *ABC* cuestionaba incluso la necesidad de contar con organizaciones políticas internacionales, puesto que, tal y como había demostrado el Caudillo y su homólogo argentino, la cooperación podía hacerse efectiva entre dos naciones siempre que hubiese buena fe y confianza entre ambas. Por su parte, *LVE*, en una de las escasas referencias a la iniciativa estadounidense, llega a decir que el Protocolo alcanzado con Argentina haría a España “mirar el porvenir inmediato sin mayor desasosiego y podrá asistir como espectadora desinteresada a esa piñata que supone el «Plan Marshall»”¹⁵.

Justo un año después, en abril de 1949, nacía la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), que vinculaba la defensa de Norteamérica con la de un conjunto de países de Europa Occidental. La prensa española¹⁶, que ya venía adelantando la celebración de dicho acontecimiento, aprovechó la ocasión para —con cierto victimismo— volver a reclamar una rectificación internacional, entendiendo injustificado el aislamiento al que

estaba siendo sometida España desde el final de la guerra. Según *Arriba*, se trataba del “peor error diplomático de la Historia”¹⁷; para *LVE* eran “irresponsabilidades de una embriaguez colectiva”¹⁸; “Justicia debida”¹⁹, clamaba *ABC*, que titulaba así su editorial.

Para todas las cabeceras, la nueva alianza militar probaba que el enemigo para la paz no era otro más que Moscú —mal que le pesase a los socialistas franceses e ingleses y, en general, a los defensores del apaciguamiento— y que cualquier entidad política de carácter mundial estaba condenada al fracaso. No debe sorprender, por tanto, uno de los titulares con los que abría *Pueblo* el mismo día en que anunciaba la creación de la OTAN: “Puede morir esta primavera la Organización de las Naciones Unidas”²⁰. Blanco Tobio, en la siguiente edición, comparaba la situación de la ONU con la de la Sociedad de Naciones en 1938, incapaces ambas de garantizar la seguridad colectiva. Lanzaba incluso un vaticinio sobre la primera: “El edificio que para ella están construyendo será un hermoso mausoleo, un rico monumento funerario, donde yacerá una ilusión más de los pacifistas y utopistas que aún quedan en el mundo”²¹.

En definitiva, la OTAN era bienvenida —con las reservas pertinentes sobre sus posibilidades de éxito— y todos le otorgaban un lugar destacado en sus páginas. En ellas también se sucedían los lamentos por la ausencia de España de esta organización defensiva. De hecho, los cinco se hacían eco de cualquier comentario procedente del extranjero favorable a la inclusión de España —por insignificante que fuese— ubicándolo en una posición de privilegio.

Un mes más tarde, el 5 de mayo de 1949, se constituía en Londres el Consejo de Europa, guardián de los valores democráticos en el subcontinente europeo y, a la postre, inspirador del proceso de integración europea. Dicho acontecimiento pasó desapercibido en las páginas de los diarios españoles²², centrados en una discusión que, sobre nuestro país, estaba teniendo lugar en el comité político de la ONU. La creación de este organismo no ocupa ninguna portada —se sitúa en todo momento en un segundo plano— y cuando se informa de ello se hace de una manera breve y superficial, siempre con contenido de EFE. El único que se pronunció fue *LVE*, que veía en esta organización un medio de los países democráticos para atraer a Alemania; “una experiencia histórica trascendental” que lo convertía en “un experimento muy interesante”²³.

4.2. De la Declaración Schuman al Informe Birkelbach (1950-1962)

El 9 de mayo se celebra el día de Europa por la fecha en que tuvo lugar la llamada Declaración Schuman: un alegato pronunciado en 1950 por el ministro francés de Asuntos Exteriores en favor de la unidad de Europa. De acuerdo con su propuesta, esta se iría desarrollando de forma progresiva a partir de la gestión compartida —por Francia y Alemania, al menos— del carbón y del acero, materiales básicos para iniciar una nueva guerra que se quería evitar. Este discurso sería el germen de la actual Unión Europea.



En la prensa española de la época, las palabras de Schuman fueron acogidas de forma positiva, en tanto en cuanto promovían la paz y ofrecían una solución política a Alemania —entonces todavía intervenida por potencias extranjeras—. Ahora bien, existían reticencias y no se mostraba especial entusiasmo ni sorpresa por un plan que —recordaban— ya se venía gestando. Inglaterra acaparó las mayores críticas por sus vacilaciones ante la propuesta francesa de integración. Sobre la posible participación de España, reinaba la confusión en el lector de estos cinco diarios: ninguno parecía tenerlo claro.

Por otro lado, aunque todos trataron este tema, dándole continuidad en las ediciones posteriores, varió la importancia otorgada por cada uno. *Arriba* lo incluía en la última página —por vez primera de la mano de su corresponsal— y habría que esperar al 6 de junio, casi un mes después, para que se pronunciase desde el espacio editorial:

Cualquier progreso en la recomposición de Europa nos beneficiará inevitablemente, al paso que conservamos la más absoluta libertad de movimientos y el cuerpo entero de nuestras posibilidades, fundadas en un cúmulo de ingredientes de necesidad histórica, que no precisa de reconocimiento formal alguno. España, bajo el pulso seguro de Franco, tiene motivos para mirar complacida el curso de los acontecimientos²⁴.

105

Por su parte, ni *Pueblo* ni *ABC* ubicaron el discurso en un lugar preferente, mientras que *Ya* y *LVE* lo incluyeron como destacado —el primero en portada y el segundo en la página inicial de Información del extranjero—. El diario catalán le dedicaba incluso su “Nota del día”, “El inevitable camino”, en la que consideraba el plan francés “una magnífica idea política”²⁵, efecto de la política de Stalin. Blanco Tobío, desde las páginas de *Pueblo*, también aplaudía la iniciativa, pero se mostraba más escéptico: “antes de comprar una montura hay que tener un caballo”²⁶. Ciertamente —coincidía el corresponsal de *LVE* en París—pero “en el fondo, este viejo pueblo que ha inventado la lógica no sabe descartar del todo la ilusión”²⁷.

Y así, entre viejos rencores y nuevas ilusiones en el Viejo Continente, se llegó a la firma de la CECA en abril de 1951, lo que *de facto* suponía la aprobación del Plan Schuman. Para los diarios españoles, que relegaron este acto a un segundo plano, ello significaba, antes que nada, la admisión de Alemania como una igual entre las demás naciones europeas —algo que celebraban—. Además, seguían censurando la posición titubeante de Londres.

Quizá lo más llamativo sea la ausencia de contenido en *Pueblo*, indiferente a la creación de la CECA. Por su parte, *Arriba* ofrecía una visión negativa: los alemanes habían aceptado el plan, sí, pero “con repugnancia”²⁸; los recuerdos del pasado levantaban sospechas sobre el éxito de la iniciativa, cuya firma, además, parecía peligrar los días previos; y, al fin y al cabo —como diría su corresponsal en París— se trataba de un

proyecto “de enjundioso concepto y muy dificultoso en su administración”²⁹. El diario *Ya* llevaba el tema en portada, pero prácticamente agotaba en ella sus alusiones al mismo. Son referencias, en todo caso, breves y de agencia, sin una cobertura propia durante los días previos y posteriores a la firma. En una línea parecida, al lector de *ABC* le pasaba prácticamente desapercibido el nacimiento de esta entidad supranacional: hay que dirigirse a un subtítulo de la página veintiuno para encontrar información al respecto; y de nuevo, con piezas escuetas de EFE. En *LVE*, la primera mención aparece en la última página de la información internacional. Habría que esperar a ediciones posteriores para encontrar alguna referencia en las crónicas desde Bonn y París. Ambas transmitían el mismo mensaje: quedaba un largo camino por recorrer, pero las bases estaban puestas y el noble propósito merecía el intento.

En definitiva, mientras Europa renacía en París, la prensa española miraba hacia otro lado. Principalmente, hacia sí misma, culpando al exterior de los males económicos que padecía entonces el país, y hacia Portugal, con todas las portadas llorando el fallecimiento del mariscal Carmona, figura clave de la política portuguesa.

106

Con la CECA ya en funcionamiento, los seis Estados que la componían daban el siguiente paso en el ámbito militar y defensivo. El objetivo no era otro que dotarse de sus propias fuerzas armadas. Surgida en mayo del 52, la Comunidad Europea de Defensa (CED) acabaría siendo rechazada dos años más tarde, encontrándose con la oposición de la Asamblea Nacional francesa en el proceso de ratificación. El propio corresponsal de *Pueblo* en París —el primero que aparece en nuestro análisis de este diario—, al día siguiente de constituirse la CED, advertía ya de la falta de apoyo con que contaba dicha iniciativa en el parlamento francés.

Las cinco publicaciones analizadas destacaron la creación de la CED —ninguna en portada— pero apenas profundizaron en ella y rebotaron mucho contenido de EFE. Además, este asunto fue relegado por la firma de la paz entre los aliados y Alemania, que devolvía a esta parte de la soberanía que había perdido tras la Segunda Guerra Mundial.

Arriba, que consideraba insuficientes los poderes otorgados a Bonn, aprovechó la coincidencia de ambos acontecimientos para comentar que las iniciativas supranacionales de Europa occidental se basaban, antes que nada, en el temor indisimulado de Francia a Alemania. De hecho, entendía que la CECA “por encima de toda argumentación sofística, no tenía más objetivo que impedir que la economía francesa fuera absorbida por la vitalidad industrial germana”³⁰. *LVE*, en cambio, abrazaba el tratado de paz y celebraba la creación de la CED, “otra firma trascendental, otro hecho de importancia histórica”³¹ al crearse por primera vez en la historia un ejército europeo. El diario catalán creía que se trataba de los dos eventos más importantes desde 1945. *ABC* no reflejaba el mismo entusiasmo; de hecho, priorizaba las elecciones municipales en Italia sobre la formación de la CED y solo aparecía una valoración, con la firma habitual de A. R. Este último



lamentaba que las democracias, actuando “con sinceridad poco diplomática”, hubiesen hablado explícitamente de ejército en el contexto de entonces, un vocablo que despertaba recelos tanto en quienes temían el resurgimiento de la Reichwehr como en aquellos que aspiraban todavía a unificar Alemania³².

Tres años más tarde, en 1955, ya con la CED enterrada, los países miembros de la CECA se reunían en Mesina con el principal objetivo de superar dicho fracaso y seguir avanzando por la vía económica. Esta conferencia acabaría siendo el germen de la CEE, que establecía la creación del Mercado Común. Analizando las páginas de los diarios españoles durante los días que se produjo dicha reunión, observamos que el foco no estaba en esta ciudad siciliana sino en Inglaterra, sacudida por una situación de marcada crispación social.

Arriba, que aprovechó este convulso escenario en las islas británicas para poner de manifiesto las flaquezas del capitalismo liberal, apenas informó de lo que estaba sucediendo en Mesina. Habría que esperar al cierre de la conferencia para que expusiese, con contenidos de EFE y en una posición secundaria, los resultados de la misma. Los días previos solo se había interesado por el cambio en la presidencia de la CECA, una de las cuestiones que debían ser resueltas por los allí reunidos. *Pueblo* no dio ni fe de la conferencia; curiosamente, sí informa unos días más tarde de los resultados electorales en Sicilia. *ABC* siguió una línea parecida: de Mesina solo nos llegaba —y desde un lugar casi imperceptible— que la CECA había elegido nuevo presidente; mientras que, el día que finalizaba la cumbre, se destacaba la opinión del vicepresidente del Bundestag sobre la necesidad de que Europa contase con España para estar completa.

107

Por otro lado, *Ya* ofrecía cierto seguimiento —dedicándole un espacio mínimo en portada al inicio y al fin de las conversaciones— y contaba con voces propias sobre el terreno. Una de ellas, la de Antonio Mira, anunciaba el arranque de la reunión, considerando que merecía ser observada, ya que se esperaba “con razón o sin ella” un renacimiento de la “pequeña Europa”³³. Una vez concluida, el diario de Edica titulaba “optimismo aparente y pesimismo real después de la reunión de Mesina”³⁴. Ya en el interior, su corresponsal en Roma —que suscribía la tesis del Benelux favorable a la integración económica total para luego alcanzar la unión política— informaba de la falta de acuerdo entre Francia y Alemania a la hora de derribar las barreras nacionalistas. Mismo mensaje que transmitía Bartolomé Mostaza desde su columna: “todo seguirá, por ahora, lo mismo”³⁵.

Son las páginas de *LVE* las que cubrieron con más contenido y regularidad dicho evento, que se situaba entre los destacados de Extranjero. Antonio Martínez, desde París, creía interesante la reunión de Mesina por las dos tendencias que se enfrentaban: la del Benelux buscando un relanzamiento europeo —a la que se adscribía— y las de Alemania, Francia e Italia, reticentes a ceder más soberanía. Al término de la misma, diría que Mesina había concluido en una “deliberada vaguedad”³⁶. *LVE* fue el único periódico que se pronunció

en esta fecha, y lo hizo para llamar a la profundización de la integración europea, a la vista del éxito que, en su opinión, había supuesto la constitución de la CECA.

Como decíamos, Mesina parió Roma. El 25 de marzo de 1957 se firmaba en la capital italiana el tratado que daría lugar a la CEE³⁷ y, con ella, al Mercado Común. Al día siguiente, la prensa española ofrecía amplia cobertura de un tema que se situaba entre los más destacados de la jornada. Ahora bien, antes y después de esa fecha la atención se dirigía hacia otros asuntos internacionales, por lo que no se puede hablar de un interés sostenido en el tiempo. Además, durante estos días no faltaron referencias a la posibilidad de que España ingresase en la OTAN —a propósito de lo declarado por un miembro del Congreso de EE.UU.— y se mantuvieron —sobre todo en *Arriba*, *Pueblo* y *ABC*— los mensajes de orgullo patrio que insistían en la fortaleza de un país que se había reconstituido por sí mismo pese a la indiferencia del mundo exterior. Así pues, en el mismo instante en que Europa occidental unía sus economías para hacerse más fuerte en el escenario mundial, la prensa española se vanagloriaba de la autosuficiencia del país.

Arriba, nunca antes tan involucrado en los avances del proyecto europeo, llevó el tema en su portada interna del día 26, dedicándole una página entera que incluía la crónica de su corresponsal en Roma. La única pieza de opinión fue la “Nota internacional” de J. L. Gómez Tello, quien comparaba la firma del día anterior —“un hecho que quizá el tiempo reduzca”— con fracasos como el de la CED. Ello le llevaba a afirmar lo siguiente: “honradamente, somos escépticos”. Para él, los padres de la Comunidad eran el socialista Spaak, a cuya Europa federal le faltaba “un verdadero contenido”, y Adenauer, “idealista y místico de Europa” como antes lo habían sido Carlomagno o Hitler³⁸.

El mismo día de la firma, por la tarde, *Pueblo* abría con un titular grandilocuente: “Ha nacido para la historia un nuevo concepto de Europa”. Pilar Narvió era la encargada de comentar desde Roma la celebración de dicho evento, tanto en esa edición como en la del día siguiente. La periodista aragonesa exponía algunas de las ventajas prácticas que el nuevo acuerdo ofrecía a los ciudadanos de la CEE, a la que reconocía su potencia económica. Ahora bien, no se dejaba llevar por el triunfalismo: “una revolución económica de tal especie tiene que arrastrar tras de sí innumerables víctimas”³⁹, sobre todo por el aumento de la competencia que conllevaba el naciente Mercado Común.

Curiosamente, la portada de *Pueblo* del día 26 abría con la reacción de Londres a la constitución de la CEE: “Inglaterra teme que Alemania asuma el control de la Pequeña Europa”⁴⁰. De hecho, Bartolomé Mostaza, en lo que parecía un guiño a las Islas y a la propia España, decía desde las páginas de *Ya* que querer situarse al margen de las Comunidades podía ser “un grave error”. Ahora bien, el mismo autor esperaba que el nuevo bloque emergente naciese con sentido europeo y no de grupo; con espíritu abierto y no encerrado en sí mismo⁴¹.



El diario *Ya* también llevó en portada la rúbrica de los Tratados de Roma, a la que se referirían tres de sus corresponsales en sus crónicas del día. En todas se advertía cierta ilusión por el nuevo tiempo que se abría. Una de ellas era la de Augusto Assía, para quien la firma de Roma representaba “el primer paso firme hacia la reunificación de la Europa desunida por la Reforma”⁴². Esta pieza, de marcada interpretación religiosa, también aparecía en las páginas de *LVE*, que a través de sus propios cronistas se hacía eco, a su vez, de las reacciones desde Nueva York y Bonn.

El periódico catalán abría con este asunto su sección de internacional, donde dejaba plasmada su idea de que convenía, tarde o temprano, ampliar el “Club de los seis” a otros países vecinos: “que toda la Europa occidental debe llegar a entrar en el sistema, de una manera o de otra, y tras las etapas que haga falta, parece absolutamente obvio”⁴³. No obstante, la crónica de Ángel Zúñiga sería la única que hablase abiertamente de la relación España-CEE: “a esa pequeña Europa le faltan naciones como España, que en tantos sentidos hizo una Europa grande, dándole conceptos eternos. Y ya no hablemos de la historia más reciente en que España ha sido la nación primera que luchó y derrotó al comunismo en una época en que ser anticomunista no estaba tan de moda como ahora”⁴⁴.

ABC, por su parte, con una cobertura muy pobre del evento, lo situaba como primer tema de su portada interna. Y lo hacía con una crónica de Julián Cortés-Cavanillas, que aunque abrazaba la idea de unir política y económicamente a “esta Europa vieja y desintegrada (...) bajo el signo cristiano y fraterno de la paz en la libertad”, transmitía la sensación de que reinaba el pesimismo ante unos tratados tan difíciles de comprender como de aplicar, con el precedente del fracaso de la CED como advertencia⁴⁵.

109

El caso es que la CEE iniciaba su andadura y, aunque su éxito estaba todavía por demostrar, la unión aduanera que comenzaba a hacerse efectiva entre sus seis Estados miembros obligaba a Reino Unido a reaccionar. Reacio a participar en proyectos de soberanía compartida pero necesitado de expandir su comercio, Londres promovió un proyecto alternativo: una zona de libre cambio entre siete países pertenecientes a la OECE que habían permanecido al margen del bloque comunitario (Austria, Dinamarca, Noruega, Portugal, Reino Unido, Suecia y Suiza). Dicha asociación —conocida como EFTA por sus siglas en inglés⁴⁶ y menos ambiciosa que el Mercado Común— fue constituida por el Tratado de Estocolmo el 4 de enero de 1960. La decisión inicial de aliarse había sido formalizada en la reunión de los siete países los días 20 y 21 de julio de 1959, dando paso a un periodo de negociaciones que concluiría el 19 de noviembre.

Con referencias puntuales —la gran mayoría de agencia— la prensa española pasó prácticamente por alto las tres fechas señaladas. De ellas, las conversaciones de julio fueron las que encontraron mayor eco en sus páginas, aunque este evento se vio superado por otro que coincidía en el tiempo y que atraía toda la atención: la entrada de España en la OECE. De hecho, a lo largo de estas jornadas se sucedieron las reflexiones sobre el estado de la economía española, presentando el ingreso en este organismo internacional

como un paso largamente meditado por el gobierno español, consciente de la necesidad de abrir una nueva etapa de cooperación económica, una vez finalizado el aislamiento al que había sido sometida y que tan bien había resistido. El “mundo libre” —todos coincidían— había rectificado. Se hacía justicia con España y esta debía entrar con el mejor ánimo en el concierto europeo.

“Fe y confianza recíproca de España en Europa y de Europa en España”, decía por aquel entonces *ABC*⁴⁷. Para *Arriba* había llegado el momento de adaptarse: “en nuestro tiempo ninguna nación, por importante que sea, puede permitirse vivir aislada”⁴⁸. *Pueblo*, que también celebraba el fin de la autarquía, se planteaba qué modelo debía seguir España: el de la CEE —un “capitalismo cartelizado” que había abandonado la idea social de Europa— o el de la futura EFTA proyectada por los británicos —un “liberalismo universalista” —. Sin ofrecer una respuesta, lamentaba que la “guerra tácita” entre ambos bloques estuviese debilitando “la idea de la Gran Europa”⁴⁹. Desde el diario *Ya*, Bartolomé Mostaza sí que se posicionaba: apostaba por un acuerdo comercial que incluyese a todos los países de la recién ampliada OECE. En esta época de cambio, *LVE* llamaba a sus lectores a la confianza: “la fe de los españoles, esa fe que en tantas ocasiones les ha salvado, volverá a obrar de nuevo el milagro de nuestra definitiva ordenación económica”⁵⁰.

110

En noviembre —coincidiendo con el aniversario del asesinato de José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange, que acapararía toda la atención— apenas se dio cobertura al acuerdo de los “Siete Exteriores”⁵¹, a excepción de *LVE*. El diario *Pueblo* lo obvió completamente y en *ABC*, con una mención aislada, pasaba casi desapercibido. En general, las pocas referencias ponían de relieve, por un lado, las limitaciones de la EFTA —Assía transmitía que pocos creían que fuese a ser capaz de competir con el Mercado Común— y, por otro, su contribución a la división del subcontinente. Para Guy Bueno, desde *Arriba*, Europa parecía hallarse “en vísperas de una nueva y más aguda fase de su ya larga historia de rivalidades”⁵². Bartolomé Mostaza, al igual que *LVE*, se mostraba más optimista y creía que se acabaría alcanzando una solución entre ambas partes.

En enero de 1960, la firma del Tratado de Estocolmo solo merecería el interés de *Ya* y *LVE*, que se limitaron a dar fe de ello al día siguiente. No obstante, en esa misma edición, tanto el diario de Edica como *Pueblo* seguirían reflexionando en torno al encaje de España en el proyecto de construcción europea, por el que ninguno escondía su atracción. El primero hacía hincapié en la naturaleza de España como país puente por sus vínculos con América y los pueblos árabes, lo que obligaba a que no fuese tratado como mero apéndice de Europa. Por ello, la integración —advertía— debía preservar la diversidad de sus miembros. *Pueblo* también lanzaba otro aviso: la unificación económica, si bien deseable, no debía alcanzarse por la vía del liberalismo económico, que solo llevaría a la servidumbre y al imperialismo, sino a través de una supresión progresiva de las barreras arancelarias que atendiese a la realidad particular de cada país.



Pero si, por aquel entonces, la prensa española se involucraba cada vez más en el debate sobre la relación de España con sus vecinos europeos, algunos eventos que afectaban a esta última fueron despreciados o directamente ignorados. Entre estos últimos, el silencio más sonado tuvo lugar a propósito del Informe Birkelbach. Dicho documento, publicado el 15 de enero de 1962 y debatido en el Parlamento Europeo una semana después, exigía el requisito democrático a todo candidato que deseara entrar en las Comunidades; *de facto*, un veto a las posibles aspiraciones españolas de acercarse a la “Europa de los Seis”.

Los periódicos españoles hicieron oídos sordos de este escrito oficial y, durante estos días, centraron su mirada en el acuerdo agrícola alcanzado por los países miembros del Mercado Común. Así se iniciaba —y los diarios españoles lo celebraban— la Política Agraria Común proyectada en el Tratado de Roma del 57⁵³, haciendo más urgente todavía la reacción de España para mitigar el impacto en su economía.

4.3. De la Carta Castiella a la solicitud de adhesión (1962-1977)

Una vez conocido el deseo de Reino Unido de adherirse a las Comunidades —lo que, en la práctica, evidenciaba la superioridad del Mercado Común sobre la EFTA— España decidió solicitar la apertura de negociaciones con la CEE. El 9 de febrero de 1962, el ministro Castiella dirigía una carta a Bruselas transmitiendo el deseo del gobierno español de asociarse a las instituciones europeas. Que este evento fue inesperado lo prueba el hecho de que ningún periódico de los analizados se refiriese al asunto hasta el día después de producirse. *Pueblo*, por su carácter vespertino, fue la única excepción: por la tarde, a las pocas horas de formalizarse la solicitud, se hacía eco de la noticia. A la mañana siguiente, todas las cabeceras españolas analizadas situaban este tema entre los más destacados de la jornada. Se sucedieron las explicaciones sobre el Mercado Común y se recogió la favorable acogida de la solicitud en otras capitales⁵⁴. Además, todas incluían en portada —ya fuera la principal o la interna— la nota distribuida por la Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores.

111

Arriba insistía desde el espacio editorial en que la decisión del gobierno había sido fruto de un estudio pormenorizado y contaba con el apoyo casi unánime de la población. Ahora debía producirse un “encaje sin violencias”, paso por paso⁵⁵. Una asociación prudente, por fases, que también era defendida por el diario *Ya*, que celebraba que la solicitud siguiese la línea política que venía defendiendo el propio diario: “ha sonado la hora de reformar las viejas estructuras nacionalistas”⁵⁶. O, como diría *ABC*, “la política del ‘wait and see’, del ‘aislamiento expectante’ ya no tiene sentido”. Para el diario de los Luca de Tena, “simplemente se ha hecho lo que se debía hacer: plantear honradamente nuestro deseo de asociación a una Europa que tanto si se pierde como si se salva ha de hacerlo sólidamente unida en los principios de la civilización occidental”⁵⁷.

Más sobrio se mostraba *Pueblo* desde la Tercera, poniendo el foco en las posibles consecuencias económicas del acercamiento a la CEE: ya no para alertar del imperialismo

comunitario sino para valorar sus beneficios e instar a una reforma radical de las estructuras económicas del país. *LVE*, por su parte, ponía en valor la prudencia —“norma invariable en la personalidad del Jefe del Estado español”— que había hecho que, hasta entonces, España se hubiese abstenido de posicionarse por el Mercado Común o por la EFTA. Ello mostraba a sus vecinos europeos “que teníamos razón al aconsejarles paciencia y calma respecto de nuestras decisiones. El pensamiento que rige la política de nuestro país es diáfano; la voluntad, segura. Estamos en los rumbos de la nueva Europa”⁵⁸.

En definitiva, la Carta Castiella movilizó a la prensa de nuestro país, que parecía dar por hecho la respuesta afirmativa de Bruselas. Ninguna escondía ni cuestionaba la integración como fin último de la solicitud, confundiendo muchas veces —de forma consciente o no— la asociación con la adhesión.

Sin embargo, el 14 de febrero de 1964, el gobierno español se veía obligado a recordar a Bruselas la solicitud de acercamiento que le había enviado dos años antes. Durante ese periodo, las instituciones se habían limitado a dar un acuse de recibo. La prensa española pasó por alto el recordatorio de Madrid, aunque hubo una excepción. A propósito de unas palabras del entonces presidente de la Comisión Europea para el diario alemán *Die Welt*, Augusto Assía informaba de que, en dichas declaraciones, Hallstein no se había referido a la solicitud española. Esta crónica, que apareció tanto en *Ya* como en *LVE*, sufría una curiosa omisión en las páginas del diario barcelonés. Y es que, en la publicada por la cabecera de Edica, se explicitaba que Hallstein había obviado el tema español “sin duda porque en este momento, y después del proceso contra los socialistas, los ánimos están muy erizados al respecto”⁵⁹.

Assía hacía referencia al famoso “contubernio de Múnich”, un evento que se había producido a los pocos meses de haber sido solicitada la asociación. Con un gran impacto en la opinión pública europea por la contundencia con que había actuado el Régimen contra los participantes en el IV Congreso del Movimiento Europeo —en gran parte, opositores políticos al franquismo—, este acontecimiento había contribuido, en gran medida, a que las aspiraciones españolas se mantuvieran suspendidas. Los recelos a la España de Franco estaban, todavía, muy arraigados en Europa.

Pero a principios de junio de 1964 el Consejo de la CEE informaba a Madrid de que había autorizado a la Comisión a iniciar conversaciones con España. A finales de ese mismo año tenían lugar los primeros contactos y en 1966, una vez liberada la propia Comunidad de las tensiones internas que la habían tenido paralizada, se entraba definitivamente en la negociación. El resultado sería el Acuerdo Comercial Preferencial, firmado por ambas partes el 29 de junio de 1970 en Luxemburgo, y que las cinco cabeceras analizadas cubrirían con enviados especiales o con sus propios corresponsales.



Ese mismo día, *Arriba* hacía hincapié en que la firma era solo un primer paso en el acercamiento a las instituciones comunitarias, de indiscutible necesidad. Ahora “el problema ya no radica en CEE sí, o no, sino en el modo de realizar ese enganche”⁶⁰. El día 30, las dos páginas casi enteras que dedicaba al asunto —además de la portada— contrastaba con la pobre cobertura de *Pueblo*, que no lo llevó en primera plana y evitó pronunciarse al respecto. Ello no fue óbice para que José Manuel Salgado, su enviado especial, reconociese la importancia de dicho acuerdo: “para uno, que ha seguido durante varios años esta dura y difícil negociación, a veces dura, a veces larga y siempre poco brillante, la mañana de hoy debe señalarse con piedra blanca”⁶¹. Sobre esas negociaciones, precisamente, todos los periódicos elogiaban la labor del equipo español, aunque con ligeros matices. Por ejemplo, *Ya* destacaba la labor del embajador Ullastres; mientras que *Arriba*, haciendo propias las palabras del ministro López Bravo, ponía en valor el papel de Franco —por su “voluntad perseverante”— en la aproximación a Europa⁶².

De las páginas de *Ya*, que dedicaba varias a la firma del Acuerdo Preferencial, destacaba una pieza de Luis Apostua, que hablaba abiertamente de la ausencia de la cuestión política en los discursos del evento. Para él, “es explicable ese silencio puesto que se ha negociado y firmado un acuerdo de estricto perfil comercial. Pero el futuro no es propicio para separar indefinidamente comercio y política”. De ahí que creyese que la asimilación de las formas políticas y constitucionales de los países de la CEE revestiría para España “el carácter de una necesidad como hoy lo ha constituido en el área comercial”⁶³. En una línea parecida, *ABC* —el que más páginas concedió a la firma de Luxemburgo— instaba desde su espacio editorial a que la aproximación no discurriese solo por la vía económica. De hecho, con vistas a una próxima integración en el proyecto europeo, esperaba que España alcanzase “cotas homologables de eficacia económica y de representatividad política”⁶⁴.

113

LVE, por su parte, rehuía del comentario editorial pero dedicaba al acuerdo casi tres páginas, además de sus portadas principal e interna. “En nombre del generalísimo Franco, el señor López Bravo firmó el acuerdo preferente con el Mercado Común”, abría esta última⁶⁵. Ya en *Información del Extranjero*, Francisco Granell celebraba la apertura de España a la creciente interdependencia de las economías europeas —un hecho que consideraba irreversible— pero puntualizaba: “los efectos comerciales del tratado solo serán positivos en el futuro si la economía como un todo es capaz de adaptarse a los nuevos condicionamientos y oportunidades creadas”⁶⁶.

Y mientras Madrid estrenaba su primer anclaje a las instituciones comunitarias, estas seguían ocupadas con la dirección que debía seguir el proceso de construcción europea, que no tardaría en abrirse a nuevos países. En octubre de 1970 se presentaban dos documentos claves para el futuro de las Comunidades Europeas. El primero de ellos, el llamado Plan Werner, proyectaba la unión monetaria y económica de los países integrados en el Mercado Común. El segundo, conocido como Informe Davignon, se centraba en la

cooperación política de los Estados miembros, con el objetivo de que Bruselas lograra hablar con una sola voz en la escena internacional. Pues bien, *ABC* y *LVE* son las únicas que se harían eco del Plan Werner, aunque ambas con una sola referencia: de agencia, breve y relegada a un segundo plano. Respecto al Informe Davignon, no aparece mención alguna⁶⁷. La prensa española parecía privar a sus lectores del debate comunitario de principios de los setenta.

El último evento de la presente investigación se localizaba en esa misma década. Con la muerte del general Franco en noviembre del 75, España iniciaba una nueva etapa que acabaría convirtiéndola en un Estado social y democrático de Derecho. La entrada en las Comunidades Europeas resultaba fundamental para consolidar ese proceso de “normalización”. Aunque no se haría efectiva hasta el año 86, el primer Gobierno de la recién estrenada democracia solicitaba la adhesión el 28 de julio de 1977. Por aquel entonces, los diarios españoles estaban volcados con los temas domésticos, fruto de la efervescencia de la situación política nacional. Pero como la integración en la CEE se consideraba una parte básica del proyecto nacional, la solicitud mereció una amplia cobertura, tanto en las jornadas previas como en las posteriores a su formalización. Además, las alusiones a la posible integración de España en la entonces “Europa de los nueve” eran ahora transversales a todas las secciones de los periódicos.

Desde *Arriba* no se cuestionaba la solicitud, pero se llamaba a la prudencia: abrazar la causa europea no podía ir en detrimento de la propia causa nacional. O, dicho de otra manera, los españoles no debían perder su personalidad en el camino. La opinión de José Juan del Solar y la del propio diario coincidían en la edición del 29 de julio: de prosperar la solicitud, debía producirse un acomodamiento mutuo entre Madrid y Bruselas. El diario del recién disuelto Movimiento Nacional hacía hincapié en la unidad de España en un momento en que el propio país, además de querer integrarse en una comunidad europea multinacional y pluricultural, debatía cómo organizarse territorialmente.

Pueblo, por su carácter vespertino, informaba de la solicitud española el mismo día en que Marcelino Oreja, ministro de Exteriores, entregaba la petición al presidente del Consejo de la CEE. En la siguiente edición, al igual que el resto de los periódicos exponía abiertamente que el sistema político nacional había hecho imposible la atención de las instituciones europeas a España. Ahora era el momento de recordar la vocación europeísta de Madrid: “Europa se hizo con España, y solo estará completa cuando España retorne, como miembro de pleno derecho, a lo que fue una civilización y tiene que ser mucho más que un mercado”⁶⁸. Ahora bien, Pilar Narvió advertía a los negociadores comunitarios de la vigencia del patriotismo en la península ibérica, por lo que no debían esperar una representación española acomplejada a la hora de convenir los términos de la entrada.

Por su parte, el día 29, el diario *Ya* se limitaba a decir desde su espacio editorial que la adhesión era “el acto más importante de la política internacional española”⁶⁹. Desde sus



páginas, Luis Apostua insistía en el apoyo que respaldaba dicho acto: “el ingreso en la Europa democrática es una gran operación nacional, interpartidista y de amplísimo consenso”⁷⁰. *ABC*, que también valoraba la transversalidad de la empresa europea en la clase política española, hacía una llamada a la unidad de cara a las negociaciones con Bruselas. A propósito de las declaraciones de un político socialista, que criticaba la solicitud por no haber sido debatida previamente en las Cortes, el diario de los Luca de Tena advertía del daño que el partidismo podría causar en la posición negociadora de España. De la misma forma, en su editorial del 27 de julio, *LVE* apelaba a la responsabilidad de los representantes del pueblo español, para que no se dejaran llevar por el sectarismo ante un tema que era razón de Estado.

A lo largo de estas jornadas, se sucederán las críticas a la actitud de determinados países por las trabas interpuestas a las aspiraciones de Madrid —léase Francia e Italia, preocupadas por las consecuencias de la entrada de España para su sector agrícola—. Cambiado ya el régimen político, la prensa española consideraba que la oposición mantenida por algunos evidenciaba que los principios habían dado paso a los intereses. Así lo reflejaba *ABC* en su editorial del 30 de julio: “Durante años, la aproximación de España al Mercado Común se había vetado invocando razones de imposible convivencia política. Estos argumentos, hoy, han perdido toda su fuerza, si alguna vez la hubieran poseído. Cayeron las máscaras y salieron a la luz las cartas ocultas que, de verdad, se ponían sobre el tapete comunitario a la hora de las decisiones”⁷¹.

115

En todo caso, ningún obstáculo se acabaría mostrando tan grande como para poder evitar, menos de una década después, la incorporación de España a lo que hoy conocemos como Unión Europea.

5. CONCLUSIONES

La Alemania nazi se rendía en mayo de 1945 pero, a esas alturas, el régimen de Francisco Franco —otrotra simpatizante del Eje— había amoldado ya su discurso ante el avance imparable de la causa aliada. Finalizada la guerra, España necesitaba redoblar sus esfuerzos para tratar de ganarse la paz. Para ello se llevó a cabo una operación propagandística en la que participaría, con un papel destacado, la prensa nacional. En primer lugar, se insistía en la supuesta neutralidad del país durante el conflicto mundial gracias a la figura del general Franco, cuya voluntad se confundía con la de todos los españoles. Por otro lado, no solo se quería lavar la imagen del Caudillo, sino también poner en valor su utilidad: la victoria del bando nacional en la guerra civil española debía habilitar al general ferrolano, habida cuenta de que el comunismo era ahora el enemigo mundial a batir. Con esta lógica de trasfondo, las páginas de los diarios de la época lucharán de manera incesante por el reconocimiento internacional del Régimen.

No debe extrañar, por tanto, que la actualidad del extranjero estuviese sometida a las necesidades comunicativas de la cúpula franquista. Todo aquello que reforzase el anticomunismo merecía ser atendido. Los primeros pasos del proyecto europeo, por su parte, apenas interesaban a una prensa que, además, condenaba la actitud hostil de algunos de sus impulsores hacia España. Esta crítica se extendía a todos aquellos países que, desde organizaciones mundiales como la ONU, pretendían aislar a la España franquista. De ahí la insistencia en el contubernio masónico-comunista que —siguiendo su razonamiento— procuraba destruir la nación española. Esto último no impedía que se acogiesen con agrado iniciativas como la de los Estados Unidos de Europa patrocinados por Churchill en 1946 o el Plan Schuman de 1950, en tanto en cuanto servían al establecimiento de la paz en el Viejo Continente. Una paz que, en todo momento, se creía imposible sin el apoyo decidido de los estadounidenses. De ahí que la creación de la OTAN, liderada por Washington, se llevase en portada mientras que la CED, producto de una Europa que se presentaba como débil y fragmentada, no mereciese ninguna.

El *modus operandi* de las cinco cabeceras analizadas seguía un mismo patrón: de las iniciativas que excluían a España se hablaba, pero poco y solo de aquello que interesaba. Si se informaba del Plan Marshall, por ejemplo, se priorizaba el Protocolo Franco-Perón. Si había que dar fe de la creación del Consejo de Europa se hacía pero nunca en portada, de manera breve y con contenido de agencia. Ahora bien, cuando alguien —fuese quien fuese— abogaba por la inclusión de España en alguno de los organismos recién creados, sus declaraciones merecían una posición de privilegio.

Según avanzaba la Guerra Fría y, con ella, la profundización de la brecha entre Occidente y la URSS, más se insistía en la rectificación que se debía a España, puesto que ella había sido la primera en advertir el peligro de la amenaza comunista. Todo ello acompañado de mensajes que exaltaban la resistencia de los españoles pese al aislamiento internacional.

Por su parte, los progresos de la integración europea seguían observándose desde una posición escéptica y, en general, nunca demasiado entusiasta. Todos valoraban que la vía supranacional hubiese supuesto la rehabilitación de Alemania Occidental como entidad política soberana y no cesaban las críticas a Reino Unido por sus titubeos respecto al proyecto europeo. Ahora bien, existían diferencias en el tratamiento de los cinco diarios. *LVE* fue la única que se pronunció desde los primeros compases de la construcción europea, siempre con una visión positiva hacia la misma. Junto a *Ya*, fue la que dedicó mayor atención a la Declaración Schuman, en la que todos hablaban por primera vez —aunque de forma confusa— de la posible participación de España. *Pueblo*, por su parte, se desentendió tanto de la creación de la CECA —que *Arriba* objetaba— como de la conferencia de Mesina.

Aunque la cobertura de esta última había sido escasa, su convocatoria —con el objetivo de examinar los posibles avances de la “Europa de los seis”— generó en las páginas de



Ya y *LVE* uno de los primeros debates sobre el futuro del proyecto europeo. Dos de sus corresponsales y el propio diario catalán se mostraban partidarios de una integración más estrecha, de acuerdo con las tesis de los países del Benelux.

Habría que esperar a los Tratados de Roma de 1957 para que todas las publicaciones coincidiesen en dedicarle a la construcción europea una atención privilegiada, aunque esta se concentraba en el día posterior a la firma. Roma ponía de manifiesto las diferencias editoriales entre las cinco cabeceras analizadas: *Arriba* rebajaba su importancia; *Pueblo* se centraba en las consecuencias prácticas de lo acordado para el ciudadano de a pie; *Ya* se mostraba esperanzado; *LVE* hablaba abiertamente de la posible ampliación de la “Europa de los seis” y de las relaciones España-CEE; y *ABC* manifestaba cierto escepticismo. Esta disparidad se evaporaría poco después, justo cuando España abandonaba la autarquía para abrirse al capital internacional, tratando de poner al día su economía. Coincidiendo con la constitución de la EFTA —que apenas se cubrió ni generó reacciones en el espacio editorial de los propios diarios— se produjo un cambio fundamental: todos hablaban ya de la necesidad de adaptarse a los nuevos tiempos y reflexionaban sobre el devenir de las relaciones entre España y el Mercado Común. Ahora bien, habría que esperar a la solicitud de asociación de 1962 para que el apoyo a la integración europea fuese incontestable en los cinco periódicos. Esa transformación la representa mejor que nadie *Pueblo*, que si en 1960 cargaba contra la Comunidad por haber despreciado la Europa social, dos años después se limitaba a acentuar la necesidad de adaptación de la economía española para ponerse a la altura de la de los Estados miembros.

117

Durante todo este tiempo la prensa seguiría haciéndose eco de los comentarios procedentes del extranjero favorables a la incorporación de España a organismos internacionales como la OTAN o la propia CEE y, a su vez, no decaerían los mensajes de orgullo patrio. Pero también se produjeron destacados silencios. Uno de ellos no se destaparía hasta 1970, coincidiendo con la firma del Acuerdo Comercial Preferencial. Fue entonces cuando desde las páginas de *Ya* y *ABC* se reconoció abiertamente que el sistema político español impedía la entrada en las instituciones europeas. De ahí que no se hubiese informado en su día del Informe Birkelbach. El otro silencio mostraba que el debate comunitario todavía le era ajeno a la prensa española: apenas se supo del Plan Werner ni del Informe Davignon sobre el futuro de la Comunidad.

Solicitada la adhesión en plena Transición, la CEE se introdujo de manera transversal en las páginas de los periódicos, sin apenas distinguir entre secciones. Además, este acontecimiento recibió una amplia cobertura, puesto que se consideraba un asunto de Estado. Todos hablaban de la integración como una necesidad; un proyecto que contaba con un gran respaldo en el país y que, ante la negociación de los términos de entrada, obligaba a evitar el partidismo para no perjudicar los intereses nacionales. De ahí las continuas llamadas a la unidad. De ahí, también, las advertencias de *Arriba*: el abrazo a Bruselas no debía mermar la idiosincrasia hispana.

BIBLIOGRAFÍA

- ALFÉREZ, A. (1986): *Cuarto poder en España. La prensa desde la Ley Fraga 1966*, Plaza & Janes, Barcelona.
- BARRERA, C. (1995): *Periodismo y franquismo. De la censura a la apertura*, Ediciones Internacionales Universitarias, Barcelona.
- BASSOLS, R. (1995): *España en Europa. Historia de la adhesión a la CE 1957-85*, Política exterior, Madrid.
- BORRAT, H. (1997): *Facer Europa: os periódicos, protagonistas pos-Maastricht*, Lea, Santiago de Compostela.
- FUENTES, J. F. Y FERNÁNDEZ, J. (1997): *Historia del periodismo español. Prensa, política y opinión pública en la España contemporánea*, Síntesis, Madrid.
- MARTÍN, J. A. Y VILAMOR, J. R. (2012): *Historia del Ya. Sinfonía con final trágico*, CEU, Madrid.
- MAZA, E. (2002): *La España de Franco*, Actas, Madrid.
- MONTABES, J. (1989): *La prensa del Estado durante la transición política española*, CIS/Siglo XXI, Madrid.
- MORENO, A. (1998): *Franquismo y construcción europea (1951-1962). Anhelos, necesidad y realidad de la aproximación a Europa*, Tecnos, Madrid.
- SAHAGÚN, F. (1986): *El mundo fue noticia. Corresponsales españoles en el extranjero: la información internacional en España*, Fundación Banco Exterior, Madrid.
- SÁNCHEZ, J. J. Y BARRERA, C. (1992): *Historia del periodismo español. Desde sus orígenes hasta 1975*, EUNSA, Pamplona.
- SENANTE, H.: “La Europa de los años 60 y la política española ante la CEE”, en FORNER, S. (dir.) (2010): *Coyuntura internacional y política española (1898/2004)*, Biblioteca Nueva, Madrid, págs. 141-157.
- TIMOTEO, J. (1989): *Historia de los medios de comunicación en España*, Ariel, Barcelona.



TUSELL, X. (1975): *La España del siglo XX. Desde Alfonso XIII a la muerte de Carrero Blanco*, Dopesa, Barcelona.

Fuentes hemerográficas

Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de España, Madrid.

Hemeroteca digital de *ABC* y *La Vanguardia*.

REFERENCIAS

¹ Además de las memorias de algunos periodistas españoles, incluyendo las de varios corresponsales en el extranjero durante el régimen de Franco, cabría destacar la tesis doctoral de Felipe Sahagún: MARAÑA, F. (1984): *La información internacional en España*, Universidad Complutense, Madrid.

² Para algunos, el Acuerdo de 1970 entre España y la CEE era un mero acuerdo comercial, de duración limitada y adoptado en la consideración de España como país mediterráneo, en la misma línea que Israel o Marruecos. Para otros, sin embargo, significaba el primer paso hacia la integración y entendían que los términos del acuerdo mostraban una deferencia particular hacia nuestro país.

119

³ Con todo, se debe recordar que “si la suspensión de la censura previa posibilitó la aparición de noticias y comentarios que sin ella no se hubieran publicado, las sanciones posteriores fueron cien veces más duras y severas” (Timoteo, 1989: 253).

⁴ Fue en las páginas de esta cabecera donde, desde el verano del 73, el Grupo Tácito — pertenecientes muchos de sus miembros a la Asociación Católica de Propagandistas— expresó su filosofía aperturista y su defensa de la democracia.

⁵ La tirada del *Ya* asciende de forma espectacular entre 1970-75. Este último año alcanza una media de 190.141 lectores, lo que le convertía en el más leído en Madrid. Ahora bien, descenso igual de espectacular desde el 76 (Martín y Vilamor, 2012: 15).

⁶ *Arriba* declaraba en 1974 una tirada de 16.000 ejemplares; una cifra muy alejada de los 140.000 alcanzados en el momento de mayor influencia de la Falange en el Régimen, donde no tardarían en imponerse otras familias políticas (Montabes, 1989: 166).

⁷ De hecho, a mediados de los sesenta, *Pueblo* llegó a convertirse en el primer periódico de la tarde (Barrera, 1995: 68).

⁸ *Arriba*, 8.5.1945, p. 12.

⁹ En adelante, *LVE*.

¹⁰ *ABC*, 8.5.1945, p. 3.

¹¹ *ABC*, 21.9.1946, p. 7.

¹² *LVE*, 20.9.1946, p. 3.

¹³ *ABC*, 18.3.1948, p. 7.

¹⁴ *Pueblo*, 18.3.1948, p. 4.

¹⁵ *LVE*, 4.4.1948, p. 4.

¹⁶ Excluimos en esta fecha al diario *Ya*, por no encontrarse dicha edición en los archivos de la Biblioteca Nacional de España.

¹⁷ *Arriba*, 5.4.1949, p. 3.

¹⁸ *LVE*, 6.4.1949, p. 3.

¹⁹ *ABC*, 6.4.1949, p. 7.

²⁰ *Pueblo*, 2.4.1949, p. 1.

²¹ *Pueblo*, 5.4.1949, p. 4.

²² Excluimos en esta fecha al diario *Ya*, por no encontrarse dicha edición en los archivos de la Biblioteca Nacional de España.

²³ *LVE*, 7.5.1949, p. 5.

²⁴ *Arriba*, 6.6.1950, p. 1.

²⁵ *LVE*, 10.5.1950, p. 6.

²⁶ *Pueblo*, 10.5.1950, p. 6.

²⁷ *LVE*, 12.5.1950, p. 7.

²⁸ *Arriba*, 19.4.1951, p. 11.

²⁹ *Arriba*, 17.4.1951, p. 11.

³⁰ *Arriba*, 30.5.1952, p. 12.

³¹ *LVE*, 27.5.1952, p. 15.

³² *ABC*, 28.5.1952, p. 31.

³³ *Ya*, 1.6.1955, p. 3.

³⁴ *Ya*, 4.6.1955, p. 1.

³⁵ *Ibídem*.

³⁶ *LVE*, 4.6.1955, p. 15.

³⁷ Además de un segundo por el que se establecía la Comunidad de la Energía Atómica (EURATOM).

³⁸ *Arriba*, 26.3.1957, p. 9.

³⁹ *Pueblo*, 26.3.1957, p. 1.

⁴⁰ *Ibídem*.

⁴¹ *Ya*, 26.3.1957, p. 1.

⁴² *Ibídem.*

⁴³ *LVE*, 26.3.1957, p. 10.

⁴⁴ *LVE*, 26.3.1957, p. 12.

⁴⁵ *ABC*, 26.3.1957, p. 5.

⁴⁶ En español, AELC (Asociación Europea de Libre Cambio).

⁴⁷ *ABC*, 22.7.1959, p. 36.

⁴⁸ *Arriba*, 22.7.1959, p. 9.

⁴⁹ *Pueblo*, 20.7.1959, p. 3.

⁵⁰ *LVE*, 22.7.1959, p. 3.

⁵¹ Así se refería a ellos la prensa de la época.

⁵² *Arriba*, 21.11.1959, p. 19.

⁵³ En *ABC*, la primera referencia al Informe Birkelbach llegaría en abril de 1964. Salvador López de la Torre recordaba entonces la pertinencia de acudir a dicho documento antes de pretender establecer algún tipo de relación con la CEE —sin entrar en más detalles—. No obstante, habría que esperar hasta julio de 1972 para que el mismo autor expusiese abiertamente que, de acuerdo a dicho informe, la adhesión a las instituciones europeas era imposible si el Estado solicitante no estaba regido por un sistema democrático. *LVE*, por su parte, mencionaba por vez primera la existencia de obstáculos políticos a la posible adhesión de España citando unas palabras de Ramón Tamames en diciembre de 1966. Poco después, a principios de julio de 1967, refiriéndose al contenido del Informe Birkelbach, ya se hablaba expresamente del requisito democrático exigido a cualquier país que aspirase a formar parte de las Comunidades.

121

⁵⁴ Resulta curioso que, en la edición del día 11, *Arriba* mencionaba una crónica del corresponsal del *Times* en Bruselas en la que decía que la asociación de España a la CEE no presentaba demasiados problemas. Sin embargo, si acudimos a dicha crónica observamos que se hablaba, sobre todo, de la fuerte oposición que se esperaba a la solicitud española. En *Times*, 10.2.1962, p. 8.

⁵⁵ *Arriba*, 10.2.1962, p. 12.

⁵⁶ *Ya*, 10.2.1962, p. 5.

⁵⁷ *ABC*, 10.2.1962, p. 32.

⁵⁸ *LVE*, 10.2.1962, p. 5.

⁵⁹ *Ya*, 16.2.1964, p. 7.

⁶⁰ *Arriba*, 29.6.1970, p.3.

⁶¹ *Pueblo*, 29.6.1970, p. 5.

⁶² *Arriba*, 30.6.1970, p.1.

⁶³ *Ya*, 30.6.1970, p. 15.

⁶⁴ *ABC*, 30.6.1970, p. 16.

⁶⁵ *LVE*, 30.6.1970, p. 5.

⁶⁶ *LVE*, 30.6.1970, p. 21.

⁶⁷ Habría que esperar al 20 de noviembre, más de tres semanas después, para que este informe se colase en el espacio editorial de *LVE*. El diario catalán, tras citar un apartado del documento que se refería a la integración de Estados democráticos sobre la que debía fundarse la Europa unida, mostraba su apoyo a la unión política europea.

⁶⁸ *Pueblo*, 29.7.1977, p. 3.

⁶⁹ *Ya*, 29.7.1977, p. 5.

⁷⁰ *Ya*, 29.7.1977, p. 12.

⁷¹ *ABC*, 30.7.1977, p. 10.

